

ORAR EN EL MUNDO OBRERO

28º domingo del Tiempo Ordinario (13 octubre 2019)

(Comisión Permanente de la HOAC)

El militante HOAC ve en cada desgraciado al mismo Cristo que sufre y le asiste para pagar a Cristo algo de la gran deuda que con Él tiene... El fundamento de la HOAC es devolver a los obreros el sentido de la dignidad laboral, de la dignidad humana y de la dignidad cristiana. Este es el gran servicio que la HOAC pretende hacer a la clase obrera (Rovirosa OC, T.III. 460).

Entre él y nosotros la desigualdad no tiene medida. Su amistad nos supera infinitamente, no puede ser comprada por nosotros con nuestras obras y solo puede ser un regalo de su iniciativa de amor. Esto nos invita a vivir con una gozosa gratitud por ese regalo que nunca mereceremos (GE 54).

Desde la resonancia de estos textos me sitúo

Sigue habiendo leprosos en nuestro mundo, expulsados a los márgenes de la sociedad, de quienes nadie –o muy pocos– se compadecen. Muchas situaciones ante las que no nos inmutamos, no nos sentimos concernidos; situaciones donde la ausencia de compasión es palpable. Situaciones como la de Mady Cámara, joven inmigrante de Guinea Conakri, que se cuenta en el [¡Tú! de octubre-noviembre](#).

El grito “Ten compasión de nosotros” sigue produciéndose. Podemos reaccionar como Jesús, devolviendo compasivamente la dignidad.

Compasión

*Y así sigue ocurriendo hoy·
Forasteros rechazados,
vejados, excluidos,
encajonados entre fronteras, intocables·
Gente sola, sin recursos,
pobres detrás de fachadas de indiferencia;
trabajadores explotados
en condiciones inhumanas
para que siga girando
la máquina de lo barato·
Créditos impagables,
aprovechando la debilidad
de quien nada tiene·
Abusos, corruptelas·
Codicia, violencia·
Y Dios, ¿Dónde está?
Hoy, más que nunca,
vuelve a nosotros su promesa:
«Si el afligido grita a mí, yo lo escucharé,
porque yo soy compasivo»·*



*Pero esa promesa
es también un grito de vuelta,
porque tal vez,
solo tal vez,
cada uno de nosotros
seamos la respuesta de Dios
a este mundo
atormentado y turbulento.
Por eso, no podemos ser sordos,
indiferentes,
o colaboradores
ante las heridas que atraviesan
la creación.*



Escucho LA PALABRA

Lc 17, 11-19.- Jesús, maestro, ten compasión de nosotros.



Una vez, yendo camino de Jerusalén, pasaba entre Samaría y Galilea. Cuando iba a entrar en una ciudad, vinieron a su encuentro diez hombres leprosos, que se pararon a lo lejos y a gritos le decían: «Jesús, maestro, ten compasión de nosotros». Al verlos, les dijo: «Id a presentaros a los sacerdotes». Y sucedió que, mientras iban de camino, quedaron limpios. Uno de ellos, viendo que estaba curado, se volvió alabando a Dios a grandes gritos y se postró a los pies de Jesús, rostro en tierra, dándole gracias. Este era un samaritano. Jesús, tomó la palabra y dijo: «¿No han quedado limpios los diez?; los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios más que este extranjero?». Y le dijo: «Levántate, vete; tu fe te ha salvado.

Palabra del Señor

Confronto mi vida con la Palabra

Entre los israelitas la lepra era considerada un castigo divino y quienes contraían la enfermedad eran expulsados de la comunidad civil y del culto, sufriendo una marginación moral, social y religiosa. Eran "descartados" de la sociedad, de la vida. Su única esperanza era un milagro.

El milagro que realiza Jesús es un signo palpable de la presencia liberadora de Dios y de la gratuidad de sus dones. Es expresión del amor desinteresado de Dios, y signo de la cercanía del Reino. Es expresión de que el Reino exige otra manera de establecer relaciones con los excluidos que vamos encontrando en el camino de la vida: acoger a quien viene a nuestro encuentro en los caminos de la vida, escuchar sus gritos, prestar oído a sus necesidades, hacer lo posible con ellos para transformar esa situación y que puedan recuperar su dignidad y su vida, reintegrarlos a la comunidad.

Es signo también de esperanza que rompe la fatalidad de la vida que se mete en nuestra de pensar y de vivir. No todo ha de estar siempre como está. Las situaciones, incluso las que parecen irreversibles, pueden cambiarse cuando acogemos la nueva manera de vivir que Jesús nos ofrece, cuando establecemos nuevas relaciones que no excluyen, que no son indiferentes al otro.

Ser agradecidos es actitud básica de la persona nueva, de la nueva comunidad que se funda en la fraternidad que se construye sobre el mutuo reconocimiento de la sagrada dignidad de cada persona. Una gratitud que, desde nuestra libertad, nos impulsa a reorientar nuestra vida. Todos nosotros hemos sido mirados, escuchados, acogidos, por Dios, hemos sido objeto de la compasión de Dios, hemos experimentado su amor, por eso nuestra vida se funda en la experiencia amorosa que nos constituye. Nos ha sucedido como al leproso de la parábola: Dios ha tenido compasión, ha escuchado nuestro grito.

Nuestra gratitud nos impulsa a reorientar nuestra vida de modo que somos salvados. Como el leproso deberíamos reconocer agradecidos lo que Dios hace con nosotros, y revitalizar nuestra relación gozosa con Dios, y celebrar la vida que nos ofrece y hace posible. Los cristianos tendríamos que aprender, de nuevo, a admirarnos de lo que Dios hace, a percibir la vida como regalo, a sentir a Dios como fuente de vida gozosa, a celebrar la Eucaristía como la gran plegaria de acción de gracias que nos nace del corazón. Deberíamos convertir nuestra vida en una acción de gracias, que busca acompañar a las personas para que puedan experimentar lo mismo que hemos experimentado: el amor que transforma la vida.

Ante tantos excluidos que fabrica nuestro modo de vivir, tendríamos que hacer nuestra la actitud de Jesús porque nadie puede sentirse excluido del amor del Padre, especialmente en un mundo que con frecuencia pone la riqueza como primer objetivo y hace que las personas se encierren en sí mismas.: escuchar el grito de los pobres (**Mensaje II Jornada Mundial de los pobres**) porque «los pobres son los primeros capacitados para reconocer la presencia de Dios y dar testimonio de su proximidad en sus vidas. Dios permanece fiel a su promesa, e incluso en la oscuridad de la noche no deja que falte el calor de su amor y de su consolación. Sin embargo, para superar la opresiva condición de pobreza es necesario que ellos perciban la presencia de los hermanos y hermanas que se preocupan por ellos y que, abriendo la puerta de su corazón y de su vida, los hacen sentir familiares y amigos. Solo de esta manera podremos “reconocer la fuerza salvífica de sus vidas” y “ponerlos en el centro del camino de la Iglesia”».

A la luz de este evangelio, puedo plantearme en la oración muchas cuestiones: mi cercanía real, vital, a los pobres; mi capacidad de escucha del “grito de los pobres”; mi vivencia del acompañamiento a las personas; la actitud de gratitud con que vivo mi vida, desde la conciencia de ser salvada por el Señor; la manera en que vivo mi vida como acción de gracias...

Sea la que sea, que el compromiso me haga concretar pasos a dar para crecer en mi proyecto de vida.

Poniéndome en manos del Señor, oro:

Ten compasión de nosotros

*Ten compasión de nosotros, Señor,
si andamos en tinieblas.
Si nos ves atrapados en las redes del dominio,
del poder, del odio, o de la mediocridad.
Si estamos sordos a tu evangelio,
o ciegos al hermano.
Ten compasión de nosotros
cuando equivoquemos las metas.
Cuando nos asuste el prójimo.
Cuando el corazón sea indiferente a quien sufre.
Ten compasión si dejamos que el orgullo nos encadene.
Si nos hacemos ídolos con nuestro propio reflejo.
Si convertimos la profecía en desprecio,
o la oración en fariseísmo.
Acaricia nuestras llagas,
bendice nuestros pasos,
acompaña nuestras luchas.
Llegará un día en que todo estará bien.*



Vuelvo a pedir la gracia de amar con todo el corazón, con todas las fuerzas

*Señor, Jesús...
María, Madre de los pobres, Ruega por nosotros*